

Escenas

Esto es lo que hay
Artes visuales

Mata, que Dios perdona



LORENA GONZÁLEZ

Podrían ser las 3:00 de la tarde en los linderos de cualquier frontera venezolana. Podría uno encontrarse entre las descoloridas paredes en otro tiempo mitad blancas, mitad azul claro de alguna oficina o comisaría de un pueblo fronterizo. Podría uno sentir que el calor consume cada paso, que cada movimiento está comprometido cuando la temperatura multiplica olores cercanos de sucesos ocultos; entonces nos damos cuenta de que todo puede apagarse cuando la única bombilla que cuelga del techo titila con su luz cetrina, temblando entre las polillas ruidosas que se agolpan a su alrededor mientras llega la oscuridad y se desvanece la tarde...

"Sembrar" en el espectador la posibilidad de experimentar y recuperar este tipo de sensaciones, conflictos y recuerdos, es una de las estrategias que ha guiado la labor del artista Juan José Olavarría. En el año 2000 tomó aquella frase pronunciada por Rómulo Betancourt ante la sospecha de corrupción durante su gobierno días antes del atentado que sufrió en 1960, para construir *Que se me quemem las manos*, exhibición en la Sala Mendoza en la que estructuras visuales desajustaron la rectitud aparente de nuestra historia democrática. Ocho años después presentó en el Periférico Arte Contemporáneo la exposición *Me cambio el nombre*: instalaciones, videos y dibujos que pusieron en duda el desempeño de los últimos años de nuestra compleja vida política; todo, a partir de aquella enfática acción a la que se comprometió el presidente Hugo Chávez si no lograba resolver los problemas de la niñez venezolana en situación de miseria.

En el caso de *Mata, que Dios perdona*, muestra inaugurada el domingo 14 de febrero en la sala El Anexo de San Bernardino, le guían las oscuridades que gobiernan el curso de la vida y la muerte en la frontera venezolana. En la sala nos confronta con soterradas cartografías del abandono: listas actualizadas de los secuestrados, grabados aciagos de una bandera madre sobre metal o bolsas negras que en las esquinas conforman la pieza *La Ma- sacre de Palmarito*. En una de las paredes los dibujos sobre papel titulados *De- sastres de la guerrilla* hacen alusión directa al trabajo que Goya realizó sobre las penurias de la guerra a comienzos del siglo XIX. En estas piezas Olavarría recupera la pureza sugestiva de la tinta para confrontarnos con el suceso de un cadáver abandonado en el Arauca, con el cuerpo mutilado de un niño y con los huesos de una pierna que sobresalen de una bota militar.

En el centro de la sala y sobre un gran pedestal, una pequeña escultura lleva por nombre *Corte de mica*. Al acercarnos vemos un cuerpo decapitado con la cabeza entre las manos, de la boca cuelga su propio pene, también sesgado. Cerca de la escultura, un grafiti en segunda persona nos recuerda que la vida no vale nada, mientras suena al fondo la canción del Trío Matamoros: "Mata, que Dios perdona". En su totalidad, la muestra levanta en cada uno de nosotros los olvidos de todo un país,

ráfaga de un polvo maloliente que se evapora para llevarnos desde las denuncias de aquellos *Cuentos grotescos* de un también abandonado J. R. Pocaterra, hasta las reflexiones poco visitadas de la escritora venezolana Ana Nuño, pertinentes palabras que sobre esta exposición y sobre la complejidad de la muerte en la realidad venezolana publicó recientemente en un periódico digital español.